

GILL
HORNBY

LAS
ABEJAS
REINA

SÓLO HAY SITIO
PARA UNA

Índice

[PORTADA](#)

[DEDICATORIA](#)

[CITA](#)

[PRIMER TRIMESTRE](#)

[EL PRIMER DÍA DE CURSO](#)

[EL DÍA DE LA COMIDA DE GEORGIE](#)

[EL FIN DE SEMANA DEL MERCADILLO](#)

[EL DÍA DEL MERCADILLO](#)

[EL DÍA DE LA REUNIÓN DE PLANIFICACIÓN PARA EL BAILE](#)

[EL DÍA DE LA COMIDA DE BEA](#)

[EL DÍA DEL BAILE](#)

[LUNES POR LA MAÑANA](#)

[SEGUNDO TRIMESTRE](#)

[EL PRIMER DÍA](#)

[EL DÍA DE LA COMIDA DE HEATHER](#)

[EL DÍA DE LA LOTERÍA GOURMET](#)

[EL DÍA DEL CAFÉ DE MEDIA MAÑANA DE MELISSA](#)

[TERCER TRIMESTRE](#)

[EL PRIMER DÍA](#)

[EL DÍA DEL CONCURSO](#)

[EL DÍA DE LOS DEPORTES](#)

[PRIMER TRIMESTRE](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

[NOTAS](#)

[CRÉDITOS](#)

Para Robert

Una apis, nulla apis.
Una abeja no es una abeja.

PROVERBIO

PRIMER TRIMESTRE

EL PRIMER DÍA DE CURSO

8.45 horas. Hora de entrada

Allí estaba Bea, de pie al otro lado, bajo la sombra de la enorme haya. Rachel, que claramente y como de costumbre esperaba en el lugar equivocado, echó a andar para reunirse con ella, pero se detuvo en seco. Oh, oh... Percibía las señales incluso desde aquella distancia: tensa, expectante, sonriente... Bea estaba preparándose para uno de sus Grandes Anuncios. En el patio había tanto alboroto y tanta excitación —ésa era siempre la mañana más bulliciosa del año escolar— que una persona normal habría tenido que gritar, incluso vociferar, para atraer la atención de todo el mundo. Pero Bea, no. A ella nunca se le habría ocurrido alzar la voz en las inmediaciones del colegio, sobre todo después de que hubiera sonado la campana. En cualquier caso, tampoco lo necesitó. Se limitó a escoger su momento, luego se apartó el largo cabello de ambos lados de la cara como si estuviera abriendo el telón de un escenario, tosió levemente y comenzó:

—Bienvenidos, bienvenidos. Espero que hayáis pasado un verano estupendo.

Y el confuso estrépito de la vuelta al colegio disminuyó hasta convertirse en un murmullo plácido y constante.

Los distintos grupos que había diseminados por aquí y por allá, poniéndose al día tras las largas vacaciones, guardaron silencio y se volvieron. Las madres que estaban solas, angustiadas por el primer día de sus hijos en una clase nueva, se olvidaron de los nervios y la miraron con fijeza.

—Vale, muy bien. Escuchadme todas, por favor. —Bea levantó su enorme manajo de llaves, lo agitó con fuerza y

sonrió un poco más—. Me ha pedido... —Hizo una pausa— el nuevo director... —Las palabras hicieron mella entre la multitud que se iba reuniendo en torno a ella— que elija un equipo.

Estaba de puntillas, pero en realidad no hacía falta. Beatrice Stuart era, con diferencia, la más alta de todas.

Tras recostarse contra la pared soleada del aula prefabricada, Rachel la miró y sonrió. «Allá vamos otra vez — pensó—. Nuevo curso, nuevo proyecto.» ¿Hacia dónde iba a arrastrarla Bea en esa ocasión? Observó a las pelotilleras que acudían en masa al árbol y se enjambraban a su alrededor. Esa muestra de entusiasmo comunal no le dejó más opción que quedarse clavada, justo allí, y mantener la distancia. Sin duda podía escaquearse de aquello. De todos modos se enteraría más tarde a través de Bea. Esperaría allí. Saldrían del colegio juntas al cabo de un minuto. Siempre lo hacían.

El suelo del patio necesitaba reparaciones y ya estaba pegajoso a causa del poco frecuente calor matinal. Rachel tenía que separar una y otra vez las suelas de los zapatos del pavimento para impedir que se le quedaran pegadas. Mientras que agosto había sido un mes húmedo, frío y oscuro, el verano había regresado, vibrante y lleno de entusiasmo, para el comienzo del nuevo curso escolar. Era curioso, pensó, que las estaciones también dieran la impresión de tomarse vacaciones. Las últimas Navidades habían sido cálidas y lluviosas. El invierno no había llegado realmente hasta el trimestre de Semana Santa, pero entonces los había enterrado a todos y habían tenido que cerrar el colegio a cal y canto. Y allí estaban, después de un mes de jerséis de lana y chubasqueros, y más episodios de «Los Simpson» de los recomendables, de vuelta para el otoño y muertos de calor. Tal vez no fueran sólo los colegios los que cobraran vida según el calendario académico: era un patrón que se adaptaba a la totalidad del mundo natural.

Rachel intentó sintonizar con el pequeño mitin de Bea sin tener que moverse, pero sólo alcanzaba a oír fragmentos. Algo acerca del nuevo y *fabuloso* director. Y los últimos

recortes *brutales*. Y, ¿a que no lo adivináis?, algo acerca de recaudar fondos. ¿Cómo no? Más recaudación de fondos. Rachel descargó el peso sobre la otra pierna y volvió a desconectar.

Contempló perezosamente un tractor que trazaba líneas en un campo más allá de las canchas de la escuela, levantó la mirada hacia un avión que describía una curva perfecta contra un cielo del color de la tinta. Dios santo, qué calor. ¿Por qué se habría puesto unos vaqueros? El tiempo no estaba haciendo nada para mejorar su sentimiento general de apatía. Contrariamente, al parecer, al resto de la naturaleza, Rachel no había experimentado el rebote de la vuelta al cole. Ella no vibraba. No se sentía para nada entusiasmada. Había tenido que arrastrarse colina arriba para llegar hasta allí esa mañana... Era como Sísifo y su maldita piedra fundidos en uno. Pero aun así, tras unas vacaciones como aquéllas, incluso Rachel estaba, si no muy contenta, definitivamente aliviada de estar de vuelta.

Siempre le había gustado ese colegio, e incluso desde el turbio charco del fondo de su pequeño pozo de infelicidad era capaz de ver que ese día la escuela se parecía bastante al paraíso. El Colegio de Primaria de la Iglesia de St. Ambrose se asentaba sobre una colina, no muy lejos del límite de la pequeña localidad, y había disfrutado de la vista del delicioso cinturón verde mientras pudo, antes de que el inevitable centro comercial al aire libre apareciera para cargársela. Rachel adoraba su arquitectura falsamente ecléctica, su puerta delantera abovedada y su tejado inclinado, tan reminiscente de los espléndidos valores decimonónicos que le habían dado la vida. Podría perderse durante horas en la contemplación de las mil formas que proyectaban las ramas de la vieja haya sobre el patio. Bajo su cobijo jugaban los niños durante el día, y los padres la utilizaban para reunirse en ese momento.

Y, claro, le gustaba la gente. Vale: la mayor parte de la gente. Al fin y al cabo, St. Ambrose era célebre por su gente. Era conocido en todo el condado por su característica filosofía de «Una gran familia feliz». Todos allí se preocupa-

ban los unos por los otros; se enorgullecían de ello. Bueno..., algunos se enorgullecían de ello. Y, de manera instintiva, Rachel siempre había intentado tener tan poco que ver con aquella pandilla («Muchas gracias por todo») como le resultara cortésmente posible. Aún desde lejos, estudió a todas las que se habían reunido al otro lado para formar una gran familia feliz en torno a Bea y que levantaban las manos para ofrecerse voluntarias para una u otra cosa, nerviosas y emocionadas. Rachel negó con la cabeza: sinceramente, a veces se desesperaba, se desesperaba de verdad. Pero, al mismo tiempo, estaba convencida de que Bea era asombrosa; resultaba impresionante, en realidad, que asignara a las madres alguna tarea ingrata, tediosa hasta el hartazgo, y que consiguiera que se sintieran verdaderamente agradecidas. Verla rodeada de mujeres —trazando planes, dando órdenes, pensando a lo grande, recolocando unas cuantas montañas— era como ver a un animal en su elemento. Eso era ella. Rachel no podía dejar de mirarla, con cariño y una gran admiración. Bea y ella podían pertenecer a especies distintas, pero no importaba: habían sido grandes amigas —las mejores amigas, de hecho— desde el día en que se conocieron, cuando las niñas entraron en primero cinco años atrás.

La banda sonora del primer día del curso —los «buenos días» coreados, las sillitas arrastradas hacia los pupitres, las bandejas de plástico golpeadas contra las paredes de las aulas— brotaba a través de las ventanas abiertas. Y de repente Rachel detectó con el rabillo del ojo a alguien que no conocía: alta, morena, elegante... desde su corte de pelo *bob*, limpio y bamboleante, hasta sus preciosas bailarinas. Y «Vaya, vaya, vaya... —pensó para sí cuando se volvió para verla mejor—. Vaya, vaya, vaya...». Aquélla era una visión extraña y maravillosa: una novata con pinta de ser interesante de verdad. De acuerdo con su larga y agotadora experiencia en ese patio, los que empezaban por primera vez en septiembre eran tan sorprendentemente parecidos a los que se habían marchado a finales del trimestre anterior que resultaban casi indistinguibles..., como si Rachel se hu-

biera quedado sentada en la oscuridad hasta el final de los créditos y la misma película vieja y aburrida hubiera vuelto a empezar. ¿Podría ser que ese curso resultara distinto? ¿La misma historia pero versionada, con un reparto fresco y diferente?

La nueva se acercó a la muchedumbre en torno a Bea y merodeó a su alrededor, bordeando sus límites. Pareció debatir consigo misma si unirse a ella o no, sopesar los pros y los contras, antes de cruzar la verja de entrada y encaminarse hacia el aparcamiento. A Rachel le habría gustado que se hubiera quedado un rato más por allí, sólo un minuto para poder conocerla; sin embargo, debía aplaudir la sabiduría que entrañaba el hecho de haber salido por patas del colegio sin que la hubieran embaucado. No obstante, incluso mientras pensaba eso, tuvo que admitir a regañadientes que ella misma debería estar aportando su granito de arena. El sentimiento fue creciendo hasta que, como un niño insistente, comenzó a tirar de ella hacia un lugar en el que no quería estar. No podía hacer más que ceder. Suspiró y se arrastró hacia el árbol para que le asignaran una tarea menor, modesta e inconsecuente..., un pequeño símbolo de pertenencia.

—¡Vaya, eso es *fantástico*! Gracias, encanto —estaba diciéndole Bea a la nada encantadora Clover, que siempre se cernía sobre las cosas como una nube negra en una merienda campestre—. Ya tengo a bordo a Colette, a Jasmine y a Sharon. Todas veteranas.

¿Cómo lo hacía Bea? ¿Cómo podía saber quién era cada una? Rachel las veía a diario desde el principio de los tiempos, pero aun así le resultaba difícil distinguirlas a unas de otras. Bueno, eso no era del todo cierto: desde que el matrimonio de Colette se había roto el año anterior y ésta había liberado a su adolescente interior, Rachel era capaz de identificarla a la perfección. Por más que una quisiera hacerlo, era difícil aislarse de los chismorreos, y éstos sugerían que todo hombre que se encontrase dentro de un radio prudencial también era capaz de identificar ahora a Colette. Pero Jasmine y Sharon..., resultaba todo un desafío

adivinar quién era quién. Podrían intercambiar sus vidas y ni los maridos ni los hijos tendrían por qué notarlo. Y, en el caso de que lo advirtieran, ¿se molestarían siquiera en mencionarlo? Aquellas dos mujeres hacían ejercicio juntas, iban de compras juntas, pensaban..., incluso hablaban como una sola. Rachel no estaba al corriente de si también habían ido de vacaciones juntas, pero lo que sí sabía era que habían tomado demasiado el sol: parecían una pequeña ración de uvas pasas sacadas de una caja de aperitivos.

Eso era siempre lo más sorprendente del primer día de escuela: todos los niños habían entrado trotando en clase arreglados, lustrosos y relucientes, pero las madres parecían ir al más puro estilo Robinson Crusoe. Rachel apenas podía reconocer a la mitad de ellas, pero sólo había que darles unas cuantas semanas y su regreso a la peluquería o al spa invertiría la situación: los niños irían hechos unos zorros y ellas habrían renacido. A excepción de Heather, por supuesto. Heather en realidad no se lustraba, ni se arreglaba, ni se acicalaba. Durante los últimos cinco años había sido la misma figura reconocible, con la misma ropa. Justo en ese instante estaba de puntillas —ella sí que lo necesitaba— agitando la mano izquierda con frenesí, para hacerse notar todavía más. Al hacerlo, las gafas se le iban deslizando peligrosamente nariz abajo.

—Vale... Eh... Te llamas Heather, ¿no? Tal vez puedas... —Bea aparentó estar confundida, luego inspirada—. ¡Ya sé! ¡Puedes ser la secretaria del comité! Lo probaremos, en cualquier caso. No te prometo nada, cuidado. Pero veamos cómo se te da.

Heather se puso colorada por la victoria conseguida. Era una lástima, pensó Rachel con genuina simpatía, que Heather no se sintiera triunfante más a menudo. Con aquel color rosado en las mejillas no parecía tan trágica y apocada.

—¡Ah! —Un dejo de algo parecido a la malicia tiñó la voz de Bea—. Georgina, Joanna.

Georgie —quien, para ser justos, iba tan aliñada como un naufrago fuera cual fuese la estación del año— estaba

intentando escabullirse. Tenía el pelo incluso más alborotado que de costumbre tras las largas semanas de vacaciones, pero aun así Rachel pensó que seguía estando bastante guapa. Por más que lo intentara, Georgie nunca podría esconder del todo su aspecto natural, delgado y elegante. Jo, corpulenta y fuerte, se colocó a su lado como si de su guardaespaldas se tratara.

—¿Qué —suspiró Georgie cuando se detuvo y se volvió hacia Bea— quieres ahora?

—El nuevo director está decidido a vencer de algún modo los absolutamente *terroríficos* ataques contra el presupuesto de St. Ambrose este año... Lo que está ocurriendo es un *escándalo*, tenemos tanta suerte de contar con alguien con su experiencia financiera..., y me ha pedido a *mí* que forme un comité de recaudación de fondos. Y opino que estaría bien que las dos colaborarais. Por una vez.

—¿Yo? No. Lo siento, de verdad. Me encantaría, pero me es imposible. —Cogió en brazos al niño pequeño que caminaba a su lado y lo mostró a la concurrencia como si fuera su pasaporte para salir de ésa—. Tengo a Hamish...

—¡Georgie, ya casi ha dejado de ser un bebé! Y tú tienes más hijos en este colegio que ninguna otra familia. —Bea sonrió a su público al pronunciar esas palabras.

—Pero en realidad no queréis que me una. En serio, no sería de ninguna utilidad. —Se acercó más a Jo—. Ambas seríamos un estorbo.

—Sí —asintió Jo—. Un lastre.

—Bueno, pues gracias. Es fantástico tenerte a bordo. —Bea apuntó el nombre de Georgie—. Y a ti, Jo. —Otro pequeño trazo—. Excelente.

Y, acto seguido, ambas se retiraron mascullando, indignadas.

Rachel no estaba dispuesta a levantar la mano como todas las demás ni de broma. No era una perdedora absoluta. Pero estaba preparándose para llamar la atención de Bea y hacer un pequeño gesto, sutil pero aun así irónico, de que ella podría echar una mano de alguna forma vaga y tangencial, cuando una persona a la que no había visto en

su vida se adelantó y se dirigió a la multitud. Caray, ¿qué era aquello? ¿No sería otra novata destacable? Se estaban alcanzando niveles de excitación sin precedentes. Rachel ahogó una risita. De veras esperaba que St. Ambrose estuviera a la altura de las circunstancias...

—Oh, de acuerdo —dijo la exótica extraña, que era tan alta como Bea, tan rubia como Bea y, en realidad, Dios santo, tan guapa como Bea—. ¡Me rindo! No tengo excusa. Me he tomado un descanso en mi carrera profesional. ¡Una sensación extraordinaria! No lo cambio por nada. Cada uno tiene que poner su granito de arena y... Bueno, ahí va: yo también vendré y os echaré una mano.

Bea enarcó una ceja. «¡La leche!», pensó Rachel. Bea no enarcaba la ceja muy a menudo —había riesgo de dañar la piel de la frente—, pero cuando lo hacía..., caray. Era equiparable a cuando un mortal común, por ejemplo, lanzaba una silla por la ventana o empostraba el coche contra una farola. Dios santo, la ceja... Rachel dejó escapar un silbido en voz baja.

—Perdona. —El tono de Bea era tan cálido como su sonrisa, pero la ceja continuaba en las alturas—. Creo que no nos han presentado...

—Soy nueva. Es mi primer día. Y me está encantando. —Se apartó las enormes gafas de sol de la cara y se las colocó sobre el largo pelo—. Ya sabéis, esa sensación de «he tomado la decisión correcta». Estamos tan contentos de haber elegido St. Ambrose. Es perfecto. Dios mío, ¡el sector privado! Son unos prófugos. Nunca más. Me llamo Deborah. —Guardó silencio durante un segundo para deslumbrar al público con el brillo de sus dientes—. Deborah Green. Pero todo el mundo me llama Bubba.

«C-a-r-a-y —pensó Rachel—. Esto promete. No se hable más: voy a unirme yo también al comité. Va a ser divertido.» Y levantó la mano justo en el momento en que Bea se echaba el pelo hacia atrás y afirmaba que su trabajo allí había terminado.

—Gracias a todos. —Bea se colocó la correa de su enorme bolso en el pliegue del codo y agitó su tremendo

manejo de llaves—. No me cabe duda de que éste va a ser un curso muy interesante —añadió, y salió por la verja del colegio en dirección a su coche.

Rachel se la quedó mirando. Apenas había tenido un pensamiento claro desde hacía semanas, a cuenta del pozo, el charco, las profundidades, etcétera. Pero en ese momento, mientras observaba las mechas rubias de la coronilla de Bea, cuyo pelo se batía en retirada, tuvo varios. Uno detrás de otro. Claros como el agua.

El primero fue: «Vaya. Qué raro. No me ha hablado. Y yo no he hablado con ella desde vete a saber cuándo.»

El segundo: «Eh, ¿es que acaso la he visto siquiera desde que Chris se largó?»

Y el tercero, éste muy, muy nítido: «Espera. Joder, no me ha escogido para el comité.»

Comité extraordinario para la recaudación de fondos del Colegio de Primaria de la Iglesia de St. Ambrose

Acta de la primera reunión

Celebrada en: Casa del director

Asistentes: Tom Orchard (director), Beatrice Stuart, Georgie, Jo, Deborah Green, Sharon, Jasmine, Colette, Clover

Secretaria: Heather Carpenter

LA REUNIÓN comenzó a las 20.00 horas.

El SEÑOR ORCHARD dio las gracias a todo el mundo por sacrificar sus respectivas tardes y deseó que...

BEA lo secundó y también comunicó al comité que HEATHER iba a actuar como secretaria por primerísima vez, e informó a HEATHER de que lo único que tenía que hacer era apuntar con exactitud lo que decía todo el mundo y hacerlo sonar un poco, ya sabes, más oficial. También quería añadir que de verdad le encantaban aquellos zapatos nuevos.

El SEÑOR ORCHARD continuó diciendo que estaba conmovido por la dedicación de tantos padres de la comunidad. Explicó que ése era su primer trabajo como director

tras varios años en el centro financiero de Londres, que la situación económica era tan nefasta como insinuaban los rumores, pero que él estaba en disposición de hacer unas cuantas propuestas que a su entender llevarían al colegio a salir de ese bache hacia un brillante...

BEA le dio las gracias al director en nombre del comité y subrayó la emoción que embargaba a sus miembros al oír todos sus planes, que ella ya sabía que serían asombrosos y que le prometía que sin duda se llevarían a cabo *muy* pronto.

COLETTE informó a la asamblea de que había preparado algo para picar, nada importante, sólo unos cuantos bocaditos de queso sobre los que el comité simplemente debería lanzarse.

El SEÑOR ORCHARD pidió que la asamblea se tomara un momento para escuchar...

BEA volvió a darle las gracias al director y propuso empezar por el principio. Aquel comité necesitaba un presidente.

El SEÑOR ORCHARD informó a la asamblea de que suponía que él era el...

CLOVER deseaba añadir que ella había comprado unos ganchitos.

SHARON solicitó informar a todos los presentes de que BEA era la elección obvia como presidenta.

JASMINE explicó que aquello se debía a que BEA siempre era la presidenta.

BEA dijo que en verdad ella no quería ser designada presidenta porque siempre fuera designada presidenta, y que tal vez fuera el momento de otra persona y de que todos aportaran su granito de arena.

DEBORAH solicitó que el comité la llamara BUBBA como hacían todos los demás, y anunció que ella estaría encantada de ser la presidenta y que a continuación le gustaría aprovechar el momento para describir detalladamente su experiencia profesional en el mundo de los recursos humanos, carrera de la que se estaba tomando un descanso.